
CAPÍTULO VII.

Las dos naciones ibéricas.

Nuestro espíritu, inquieto de suyo, por lo mismo que lleva en sus senos la idea de lo infinito, no puede resignarse á llevar, como el prisionero su cadena, la tierra tan sólo consigo; y ambicioso de dilatarse y extenderse, abre sus dos alas angélicas de la razon y de la fantasía, vuela por la etérea inmensidad, devora los espacios inconmensurables, trasforma en eterno el tiempo, y no se para, despues de tan vertiginosa carrera por lo ilimitado y lo indefinido, hasta mirar frente á frente, como al disco del sol deslumbrador la serena retina del águila caudal, aquellos ideales de perfeccion absoluta, arquetipos humanos de las ideas y de las cosas, perpétuamente contenidos en la esencia misma del Eterno. Nada tan abstracto como aquello que parece más real; nada tan fantástico como aquello que parece más tangible, á saber, el individuo solo, entregado á sí propio y reducido á vivir en las entrañas de la naturaleza material, como el feto en

las entrañas de la madre. Con razon ha dicho el mayor de los filósofos modernos, Hegel, que al afirmar de una entidad cualquiera tan sólo que es, afirmamos tan poco de toda ella, que casi esta simple afirmacion del sér primero se confunde con la nada; porque no es grandioso el sér, ni pleno, ni perfecto, sino cuando, tras largo desarrollo, con multiplicidad innumerable de objetos á que dirigir y enderezar sus facultades, vive vida inmensa en numerosas manifestaciones de una variedad infinita. Despojad al hombre del hogar en que habita, necesario á su cuerpo como la vital atmósfera; de la familia, en que se dilata su corazon y sus primeros afectos se emplean y ejercitan; del amor, que le conduce, con su dulcísimo imperio, á salir fuera de sí mismo para mezclar su vida con otra vida, perpetuando la especie; del noble sentimiento llamado amistad, por cuya virtud funda espirituales asociaciones, indispensables á su dilatacion y crecimiento; del municipio, en que halla hogar mayor que su hogar propio; de la provincia misma, que no constituye una entidad arbitraria creada por una burocracia más ó ménos previsora, sino un organismo natural, correspondiente á las regiones y su diversidad; del Estado, en quien libra la justicia y pone como el seguro á sus naturales derechos; de la Iglesia, en que cree su conciencia; de la nacion, á que su alma está como

adherida; del arte, por cuya virtud siente, y de la ciencia, por cuya virtud piensa las ideas; despojadlo de todo esto, cuyo conjunto constituye la plenitud absoluta de la existencia humana, y decidme si no llegais á convertirlo en el salvaje de las abstracciones y utopias naturalistas, mucho más débil y mucho más desgraciado que todas las alimañas en los espacios de esta naturaleza, la cual á los demas seres se les entrega de grado, y no se rinde al hombre como no la venza y sujete por los esfuerzos del pensamiento y del trabajo.

Por mucho que los egoismos, á veces benditos, del hogar y de la cuna quieran detenernos bajo el paterno techo, la vida verdadera no se detiene sólo en límites tan reducidos, no, se dilata en más amplios espacios. Todas las almas verdaderamente cultivadas saben que pertenecen por unas relaciones á su pueblo, por otras á su nacion y por otras aún mayores á su raza y á la humanidad, en que individuos, familias, razas y naciones á una se identifican y confunden. No, yo no pertenezco solamente á la extension reducida en que vi la luz primera. Una revelacion misteriosa, como todas las revelaciones, y cuya divina llegada indecible al seno de mi alma no podria señalar con fijeza, djome cómo allende las montañas circundadoras de mi valle habia tierras y tierras, las cuales se juntaban para formar una sola patria bajo una sola

bandera. Y amé á esa patria como amé á mi madre, con el mismo santo y desinteresado y fervoroso amor. Y no pregunté para quererla, no, si Dios ó la naturaleza habian levantado sus límites y sus fronteras; si la conquista ó la casualidad habian en el mismo haz unido y apretado á sus hijos; si la cruzada de tal tiempo y el casamiento de tal monarca habian sumado sus regiones y reducidolas á perfecta unidad: nada de todo eso yo sabía; pero indeliberadamente, con la inconsciencia propia de los misterios y de los secretos del alma, envanecíame de hablar una lengua tan sonora y majestuosa como la nuestra; holgábame oyendo las canciones populares que vuelan de boca en boca en alas de nuestros puros aires y murmurando los versos de nuestros poetas; inclinábame á escuchar las hazañas de nuestros héroes, que se confundian allá en mis sueños de niño con los ángeles del cielo, y tras la figura patriarcal de mi abuela, sentada bajo la campana de la grande chimenea, donde me referia las hazañas de nuestra guerra de la Independencia, vislumbraban mis ojos la imágen de mi España idolatrada, desde los balbuceos de mis primeras palabras y desde los latidos de mis primeros sentimientos, como se idolatra en este mundo por todos los bien nacidos á la madre patria.

Y luégo vi, ya en años más crecido y maduro,

que no sólo tenemos las afinidades misteriosas con nuestros conciudadanos, hijos como nosotros de la misma nacion, sino que tenemos ademas las afinidades con otras gentes más cercanas á nuestro modo y manera de hablar, de sentir, de pensar, que todo el resto de las familias y de las naciones terrestres. No preguntéis á la Historia si estas afinidades de raza que ahora expongo provienen de la naturaleza, de la geografía, de la política ó de otros elementos vitales, más ó ménos fuertes; bástenos saber á conciencia que tales afinidades existen, y apercibíós á estimarlas en todo su valor, porque las razas formarán más ó ménos tarde, no muy tarde quizás, nuevas nacionalidades en grandes confederaciones. Decidme por qué se parecen tanto Provenza y Cataluña; por qué influye Francia en España con tal influjo y España en Francia; indicadme las razones várias para que Génova sea una ciudad tan española como Sevilla y Valencia sea una ciudad tan italiana como Palermo; contadme las causas várias que han determinado esa union de los marineros del Mediterráneo y que han hecho de las lenguas neo-latinas un solo idioma casi, expresivo de un solo y mismo espíritu. ¡ Ah! Como existen las afinidades afectivas ó individuales que forman las familias; como existen las afinidades mayores y más colectivas que forman las naciones, existen las afinidades que forman las razas, siquier

no puedan hallarse sus leyes como se han hallado las leyes de las cristalizaciones químicas y las leyes de la gravedad y de la gravitación universal, porque las libertades humanas, en su infinita riqueza y en su poderoso albedrío, no pueden reducirse á fórmulas semejantes, por su sencillez y exactitud, á las fórmulas explicativas de la mecánica y la dinámica y la matemática del uniforme material Universo.

Pues debiendo interesarnos por nuestra gran familia, la raza latina, como se interesa el heleno del Atica por el heleno de la Macedonia; como se interesa el eslavo de Bohemia por el eslavo de Montenegro; como se interesa el latino de Rumanía por el latino de Córdoba y Mérida; como se interesa el germano de la Pomerania por el germano de la Turingia ó de la Suabia, ¡cuánto más no debemos interesarnos por aquellos de nuestros hermanos que se nutren de la misma tierra y se alumbran y vivifican á la luz y al calor del mismo cielo, cual una familia que se calienta al mismo hogar, se mantiene á la misma mesa y vive bajo el mismo techo! Así yo he sostenido siempre, y sostengo ahora más que nunca, la identidad en la Península de Portugal con España, y la identidad de España y Portugal con las diversas naciones ibéricas que se alzan á una en el Nuevo Mundo. No basta para constituir nacionalidades várias y

diversas que se aparten los pueblos por líneas de fronteras más ó menos arbitrarias, por colores de pabellones más ó menos vistosos, por legiones de ejércitos mejor ó peor uniformados, cuando los ríos mezclan sus aguas, las tierras sus átomos, los cielos sus horizontes, las montañas sus cordilleras, los pueblos su sangre, las historias sus recuerdos, las almas su religion, sus ideas y su palabra. Si creéis que basta un rey en el trono de Portugal y otro rey en el trono de Castilla para separar lo que juntan la naturaleza, la sociedad, la tradicion, el arte, los tiempos y Dios, miserablemente os engañáis. Legislarán cuatro cámaras en la Península; existirán mayor ó menor número de carabineros en la frontera; celarán, arma al brazo, sendos centinelas nuestros límites respectivos; pero no podrán impedir que las cordilleras lusitanas formen una sola línea con las cordilleras españolas y sean como la espina dorsal y el esqueleto de un solo y mismo cuerpo; que las aguas del Tajo lleguen á Lisboa con los retratos de las torres de Toledo y de las florestas de Aranjuez en la superficie de sus cristales, como con los acentos del Romancero y de Garcilaso en los susurros de sus ondas; que Soria, Zamora y Oporto se asienten á las orillas del mismo río y nutran sus almas con el relato de los mismos recuerdos; que no haya entre las bienhadadas tierras galaicas y las

hermosas tierras lusitanas separacion alguna geográfica, sino llanuras y rios para juntarlas y confundirlas; que las mismas familias de pueblos resplandezcan á una en las genealogías lusitanas y en las genealogías españolas; que adoremos al mismo Dios en altares idénticos, y para dirigirnos á él y á los hombres tengamos el mismo idioma, el verbo de la idea en maravillosa lengua; porque bajo nuestras frentes late un solo espíritu, como sobre nuestras frentes se dilata un solo cielo.

Yo sé muy bien que las egoistas supersticiones de un patriotismo estrecho, empeñadas en separarnos, invocan á cada paso recuerdos enemigos, como la batalla de Aljubarrota ó la batalla de Toro, como el nombre del prior de Aviz ó el nombre del Duque de Oliváres. Mas yo pregunto cuál de las nacionalidades constituidas hoy no ha tenido entre sus diversas regiones más guerras, muchas más guerras que Portugal y España. Traidor llamaban los castellanos de la Edad Media, en acerbos apóstrofes, al rio Ebro, que ha tenido el privilegio de dar su nombre á toda la Península, porque regaba la tierra de Aragon y sus campos con el agua recogida en tierra y campos de Castilla. No se pueden abrir las historias sin hallar á cada paso luchas abiertas de Castilla con Leon, de Leon con Galicia, de Galicia con Astúrias, de Astúrias con Cantabria, de Cantabria con Vasco-

nia, de Vasconia con Navarra, de Navarra con Aragon y de Aragon con todo el mundo. El rey Don Sancho muere asesinado en el cerco de Zamora, y la supersticion atribuye aquel asesinato al propio hermano del rey, al gran Alonso VI. El gran batallador Alonso I de Aragon rompía en guerra diariamente por Castilla. Don Juan II peleaba, cayendo como un alud, desde las montañas navarras, con castellanos y con catalanes, cuando el cielo habia destinado á su hijo y heredero para fundar la unidad perdurable de la nacion española. Quizá las calles mismas, las casas de nuestras ciudades clásicas han tenido más guerras entre sí que Portugal y España. Las competencias guerreras fueron de antiguo como leyes de la vida. Túvolas esa Francia, hoy tan una con la Borgoña, con la Provenza, con la Gironda, con las regiones que más se gozan y recrean y envanece hoy con formar y constituir la Francia una y sola. No hablemos de Italia. Milan combate á Pavía, Pavía combate á Rávena, Rávena combate á Ferrara, Ferrara combate á Venecia, Venecia combate á Padua, Padua conspira contra Florencia, Florencia aborrece á Siena y á Pisa, Pisa prefiere que se la traguen el mar y el Arno á juntarse con el resto de Toscana, como Génova recibe la tutela de los españoles y no la tutela de sus hermanos los piemonteses, como Palermo proclama la dinastía de

los reyes de Aragon frente á la dinastía de los pontífices de Roma. Los portugueses y los españoles no se han tratado jamas entre sí como los güelfos y los gibelinos de Italia. Aquel conde Ugolino encerrado en la torre de Pisa, entre tinieblas como las aves nocturnas, y constreñido por el hambre á comerse sus propias carnes en las personas de sus hijos; que sólo quita los labios y los dientes de los cráneos recién roídos y sólo con las cabelleras muertas se limpia la sangre de sus labios humeantes como el hocico de las fieras para maldecir á sus enemigos con maldiciones propias de los rugidos que dan los condenados en los infiernos; aquel Conde antropófago, la más trágica de todas las figuras en el más trágico de todos los poemas, ¡ay! es la imágen viva de las guerras interiores y civiles de esa Italia, tan unida hoy, que forma con el coro de sus ciudades enlazadas entre sí á la sombra del antiguo Capitolio, la más bella y más melodiosa armonía que pueden escuchar los humanos oídos en el mundo.

Las naciones se forman, no por los sellos de sus cancilleres ó por la heráldica de sus monarquías, sino por la identidad de complexion nacional entre todos sus pueblos y por la identidad de destinos sociales en toda la historia. Dos naciones elaboran la misma idea; y al sustentarse con ella el espíritu humano pocas veces pregunta si esa idea se ha

elaborado en esta ú en otra region diversa, como no preguntais nunca si la miel, que aroma y endulza vuestro paladar cuando la extraeis del panal, se ha elaborado por tal ó cual abeja. Nada más diverso en apariencia que las ciudades griegas, con sus dialectos varios, con sus géneros de arquitectura diversos, con sus poesías y letras respectivas, con sus legislaciones opuestas, con sus guerras civiles que han manchado los campos del Peloponeso así como las aguas del Egeo; y sin embargo, el arte griego, el pensamiento griego, el tipo griego, han pasado á la historia como la obra de un solo espíritu y han constituido una divina religion que se llama hoy el helenismo. Están destinados á formar un solo pueblo aquellos territorios y aquellos ciudadanos que, divididos en Estados á veces contrarios, elaboran una misma idea, porque la idea es lo sustancial en la vida y en la historia. Se caracteriza la moderna Alemania por haber llevado á la religion cristiana el individualismo de la Alemania antigua; se conoce la moderna Italia por haber traído al seno de nuestra Europa el arte y el derecho de la Grecia y de la Italia clásicas; se distingue la moderna Francia por haber traído á nuestra existencia el ingenio, la gracia, la oratoria y el espíritu comunicativo de los antiguos galos; se define la moderna Inglaterra por la independendencia personal, por el hogar